

Nuestra profesión bibliotecaria: una misión, un reto y una pasión



Tras más de quince años de experiencia como profesional de las bibliotecas, la autora de este artículo quiere hacer una sencilla aportación, a modo de reflexión y valoración general, de los retos y cambios a los que deben enfrentarse los bibliotecarios día a día en su puesto de trabajo.

Una profesión

Una vez superados ya los prejuicios asociados a la profesión bibliotecaria, una vez que hemos dejado atrás la imagen de las bibliotecas como templos de silencio, y de los bibliotecarios como trabajadores serios, aburridos y controladores, en esta reflexión quiero plantear algunas claves de la profesión. Para ello, nada más ilustrativo que hacer una encuesta para saber *qué es y en qué se ha convertido la profesión bibliotecaria*. Me doy cuenta de que es preciso volver a definir mi profesión.

A día de hoy se impone revisar tanto el significado intrínseco de la palabra *bibliotecari@* como el nuevo papel que hemos de desempeñar los profesionales en pleno siglo XXI. Hasta hace muy pocos años se asociaba tanto al ámbito espacial de las bibliotecas como a los profesionales que las gestionaban un papel de custodia de conocimiento y gestión conservadora de los documentos existentes en las bibliotecas. Los espacios dedicados al silencio, la reflexión y el estudio denominados *bibliotecas* estaban dirigidos por personas expertas y cultas, que se ocupaban de seleccionar y adquirir, catalogar, ordenar y mantener las colecciones bibliográficas. Eran las bibliotecas *espacios cerrados para una profesión también cerrada*.

Una misión

Desde la más remota antigüedad el bibliotecario, los bibliotecarios como colectivo, han sido considerados los garantes de la correcta custodia del saber depositado en las bibliotecas. Pero estas supuestas obligaciones, que han sido válidas y suficientes hasta hace bien poco tiempo, están cambiando. Cuidado: no digo *eliminando* las anteriores tareas. Digo *cambiando* las habituales atribuciones que debe tener un profesional de las bibliotecas.

Actualmente, las bibliotecas públicas ya no son solo espacios donde se cultiva el arte del silencio, la ordenación y la custodia del saber humano. No es solo el lugar de consulta de obras que nos resuelven du-

*Los responsables y
mantenedores de las bibliotecas
ya no solo estamos tras los
mostradores. Las bibliotecas
cambian. Los soportes
cambian. Los servicios que
se ofrecen cambian... Y los
bibliotecarios, ¿cambian
también?*

das, nos informan y satisfacen nuestra curiosidad sobre todo tipo de temas.

Las bibliotecas públicas no tienen solo libros, revistas y obras de consulta. También albergan espacios dedicados a obras en todo tipo de soportes, y digo *todo tipo de soportes inventados y por inventar*. Las bibliotecas diferencian sus salas para diversificar y atender mejor a los diferentes colectivos de usuarios. Y también ofrecen lugares de esparcimiento y ocio: bebetecas, espacios para la consulta de obras audiovisuales, salas con puestos para acceder a internet, puntos de interés sobre determinados temas de actualidad, salas de exposiciones, espacios dedicados al uso de los clubes de lectura y un sinfín de actividades culturales...

Un reto

Los responsables y mantenedores de las bibliotecas ya no solo estamos tras los mostradores. Las bibliotecas cambian. Los soportes cambian. Los servicios que se ofrecen cambian... Y los bibliotecarios,



Miembros del club de lectura de la biblioteca.

¿cambian también? Ahora me planteo la siguiente pregunta: *¿qué papel tenemos nosotros, los bibliotecarios, dentro de estas nuevas bibliotecas?* Deseo reflejar las inquietudes que me asaltan y plantear en voz alta los nuevos retos a los que nos enfrentamos como profesionales, ya no solo como responsables de las bibliotecas, sino también como gestores de la información. Hace muchos años que comencé mi andadura como bibliotecaria municipal, aunque ahora debería llamarme *profesional de la información* porque es así en realidad como me siento: una intermediaria entre la información publicada y los usuarios consumidores de la misma. Dejaba atrás años de estudio, investigación y docencia, todas ellas actividades que se nutren directamente de las bibliotecas. Así que pasé de ser *consumidora y usuaria de servicios bibliotecarios* a ser sencillamente *bibliotecaria*.

Fue entonces cuando comencé a entender y asumir en primera persona el papel bisagra que intuía tenía que desempeñar a partir de entonces. Debía cambiar mi planteamiento e ir asumiendo los nuevos retos que se iban planteando: desde la adquisición e incorporación de nuevos soportes en la biblioteca al adiestramiento en el uso de las nuevas tecnologías. Todos nosotros, los bibliotecarios, nos vimos en la década de los noventa inmersos en un imparable proceso de cambio que no tuvimos más remedio que aceptar y llevar a cabo con mejor o peor suerte. Se volvía entonces a plantear el interrogante, ya clásico, de la supuesta muerte del libro impreso: el tren de las nuevas tecnologías pasaba a toda velocidad por las bibliotecas públicas y yo, sin dudar, lo cogí.

A pesar de los pronósticos negativos, las nuevas tecnologías no supusieron una eliminación de los libros de nuestras bibliotecas. Antes al contrario, ofrecieron nuevas posibilidades informativas nunca antes sospechadas. El intercambio y disposición de la información es una fuente de conocimiento inagotable. Los nuevos retos informativos y tecnológicos no han significado un problema para las bibliotecas y los bibliotecarios, sino un empuje beneficioso. Nos ha obligado, claro está, a formarnos en el manejo y uso de las nuevas tecnologías. Pero una vez superado este escollo, hemos visto las positivas y amplias posibilidades que nos ofrecían, ya descritas anteriormente. Había llegado el momento de revisar conceptos y actuaciones, de replantear seriamente nuestras competencias y desarrollar nuevas habilidades como profesionales. Por ello, y asumiendo el reto que se nos planteaba, hemos conseguido estar en primera línea de la innovación y el desarrollo, y hoy podemos decir con orgullo que, tras tediosas tareas de retroconversión, reciclado profesional y normalización de funciones y contenidos informativos, somos capaces de ofrecer una

El intercambio y disposición de la información es una fuente de conocimiento inagotable. Los nuevos retos informativos y tecnológicos no han significado un problema para las bibliotecas y los bibliotecarios, sino un empuje beneficioso.

nueva imagen tanto profesional como corporativa: los bibliotecarios en la actualidad no son solo personas cultas, bien adiestradas en las tareas propiamente bibliotecarias y agentes de custodia de las bibliotecas, sino que también somos gestores válidos de todo tipo de información, hábiles buscadores de información a través de las redes telemáticas y organizadores de todo tipo de actividades culturales engendradas en las bibliotecas y ofrecidas a todo el conjunto de la comunidad a la que sirven.

El bibliotecario tradicional tiene las funciones que todos conocemos: formación, mantenimiento y disposición de la colección. El bibliotecario actual además de cumplir con las anteriores funciones, debe tener las siguientes cualidades y desarrollar las siguientes destrezas: conocer todos los soportes de publicación de la información; ser diestro en las nuevas tecnologías y en el manejo de sistemas integrados de gestión bibliotecaria (SIGB); ser hábil gestor de todo tipo de información en soportes impresos y en soportes informáticos; participar en las redes sociales; organizar actividades culturales emanadas y difundidas desde la biblioteca; ser capaz de difundir sus servicios a través de técnicas de marketing y atraer a las bibliotecas nuevos y poten-



Participantes en el IV Congreso Nacional de Bibliotecas Públicas.

ciales usuarios; analizar las actividades desarrolladas en las bibliotecas para mejorar periódicamente sus servicios; planificar eficazmente las bibliotecas y los servicios bibliotecarios; ser mediadores entre los políticos y los ciudadanos que cada vez demandan más información y mejores servicios.



Fondos sobre multiculturalidad en la biblioteca.

Ahora las bibliotecas son espacios abiertos y los bibliotecarios gestores de colecciones cambiantes y competentes profesionales en las nuevas tecnologías y los nuevos servicios derivados del uso de las mismas. Como decía Daniel Pimienta, las bibliotecas son *pasarelas de la información*. Los bibliotecarios, somos, pues, los facilitadores de ese intercambio y reflujos de la información. Sin duda, las bibliotecas públicas son reflejo de la sociedad a la que sirven y si esta definición es válida hay que trasladarla a los bibliotecarios también. Los bibliotecarios hemos tenido que *afrentar nuevos retos* en esta sociedad llamada de la información y de la tecnología. Pero hemos conseguido salir airoso, una vez más, ante estos retos. Y hemos conseguido apasionarnos de nuevo con nuestra profesión.

Una pasión

Decía André Maurois en el manifiesto titulado “La biblioteca pública y su misión”, encargado por la Unesco en el año 1961, que “la función social del bibliotecario es inmensa. Es el depositario de la cultura humana, el intermediario entre los productos de esa cultura, acumulados durante siglos, y los hombres que hoy viven y trabajan. (...) El papel de las grandes bibliotecas, lo mismo que el de sus bibliotecarios, consiste en abrir amplias avenidas en este bosque que, sin su intervención, se haría pronto impenetrable. Su misión consiste igualmente en garantizar la conservación de todas las obras del espíritu”.

Y sigue Maurois con su definición del bibliotecario añadiendo cualidades: garante de la difusión del progreso; filtro entre el torrente de libros y la sede de instrucción de las masas; conservador del fondo existente e introductor de las novedades; consejero... y aquí llega la parte que más me gusta de su disertación sobre el bibliotecario: “Además de las cualidades profesionales pertinentes, la profesión de bibliotecario exige una verdadera pasión por este noble ministerio, una pasión sin límites, una buena voluntad de todos los instantes y, en fin, un deseo ardiente de ayudar a los que ansían instruirse”. Esta descripción del papel del bibliotecario está plenamente vigente para nosotros, los bibliotecarios del siglo XXI.

Y no es Maurois el único en vislumbrar la importancia de esta profesión, en destacar la creciente e in-

Sin duda, las bibliotecas públicas son reflejo de la sociedad a la que sirven y si esta definición es válida hay que trasladarla a los bibliotecarios también.

dudable importancia y protagonismo que adquiere. También encontramos apasionados como Fernando Báez que en su discurso pronunciado el 10 de diciembre de 2006, en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, en el Auditorio Jorge Luis Borges de la Biblioteca Nacional de la República Argentina dice cosas tan impresionantes como éstas:

“El papel de los bibliotecarios ha cambiado en el mundo, ya no somos simples referencistas, ya no somos aquel tipo de hombres o mujeres silenciosos, que nos dedicábamos a cumplir un papel burocrático, que nos dedicábamos a cuidar libros, tenemos un rol social fundamental en la sociedad de la información, porque queda bien claro que la información es poder y está en nuestras manos que ese poder, esa información no sea víctima de la censura, de represión, y en esto han dejado la vida numerosos hombres y mujeres. Quiero decirles que siempre se repite que los periodistas tienen la profesión más peligrosa del mundo y es falso, pues han muerto más bibliotecarios en el mundo que periodistas. (...)

Lo que ocurre es que el resto de las profesiones son más publicitadas y la nuestra es una profesión descartada, sepultada en medio de



Mostrador de atención al público.

la indiferencia, tanto es así que a la hora de los presupuestos, a la hora de toma de decisiones políticas, siempre el asunto de las bibliotecas queda relegado. Pero hay que saber que si los represores queman libros es porque saben la importancia que tiene el libro como vínculo de la memoria, como vínculo que nos une de alguna forma al pasado, entonces quiero insistir en que nuestro rol cambió. No podemos quedarnos de brazos cruzados. (...)

La única forma de que asumamos ese nuevo rol, ese nuevo protagonismo que nos corresponde, es a través de una lucha constante por la memoria, la memoria señores es el vínculo fundamental de la identidad, no hay identidad sin memoria”.

Y termina Fernando Báez con la siguiente definición de este nuevo papel, de esta apasionante profesión:

“Ya basta de lugares comunes y actitudes mansas. Ya basta de temores. Yo creo que llegó la hora de exigir justicia, de entender que debemos tener todos una actitud responsable: el bibliotecario del siglo XXI es un luchador, el bibliotecario del siglo XXI es un hombre capaz de dar la vida por la memoria, que es lo que a los pueblos les garantiza un sentido de dignidad, porque deben saber que no hay democracia sin memoria, no hay democracia sin justicia y la justicia es imposible con el olvido”.

La función social del bibliotecario es inmensa. Es el depositario de la cultura humana, el intermediario entre los productos de esa cultura, acumulados durante siglos.

Debemos ser conscientes de lo que supone afrontar estos retos y hemos de asumir como intrínsecas estas nuevas habilidades. Los tiempos cambian, sí, y como consecuencia se transforman las bibliotecas y se renueva y enriquece el papel que tenemos los bibliotecarios.

¿Hay alguien que siga pensando que los bibliotecarios solo estamos para ordenar, mantener y prestar un más o menos variado fondo de libros para niños y adultos sin más? Si es así, se equivoca. No ha tenido aún el gusto de entrar en cualquiera de nuestras bibliotecas públicas.

Aunque todavía nos encontremos con usuarios que piensan todo lo contrario... y son palabras textuales entresacadas de un artículo publicado por *El confidencial digital*, citado por la red de Iwe tel: “A uno, las bibliotecas le gustaban por todo lo contrario (nada de cuentacuentos, espacios atractivos y diáfanos, audiovisuales, estudiantes...): un lugar con soledad, con libros y silencio no dejaba de oponer un paraíso frente al mundo, una excusa para una vida secreta, clandestina, en la que apenas se necesitaba hablar, que funcionaba con un ritmo gratamente ajeno a todo y que ofrecía dos placeres fuera de medida: en primer lugar, la contemplación continua del paisaje de civilización que son los libros; en segundo lugar, el ser partícipes de una tradición culta perfectamente seria y de absoluta importancia espiritual”.

Yo, sinceramente, me quedo con las atribuciones que nos otorga Fernando Báez y con la función que nos daba André Maurois, y eso que el manifiesto lo escribió hace muchos años... ¿Y vosotros, compañeros de profesión, con cuál os quedáis? ▀